

Y llevando los acólitos
 Sus negras caudas detras;
 Los canónigos desfilan
 Con severa magestad,
 Al son de música triste,
 Y uno tras otro se ván.

II.

Queda una nube de aromas
 Y el santo silencio es tal,
 Que se oye el chisporroteo
 De los cirios del altar.
 Se retiran poco á poco
 Los concurrentes, mas ¡ay!
 ¿Qué mirada de algun ángel
 Me hace estremecer, temblar?
 Ella reza de rodillas,
 Sus hermanas allí están,
 Como un grupo de querubes
 Que ora á los piés de Jehová.
 Junto á la pila del agua
 Bendita, la fuí á esperar:
 Llegó magestuosa y pura
 Y alzó su divina faz.
 Tomó el agua con la yema
 De los dedos, ¡qué piedad!
 Y la ví su hermosa frente
 Con devccion persignar.
 Se inclinó, casto saludo
 De mi hermosa, angelical,
 Y al ruborizarse entónces
 Resplandeció su beldad.
 ¡Ah! ¡qué mirada la suya,
 Santa, infinita, inmortal!
 ¡Ni mas allá de la tumba
 La he de poder olvidar!

VII.

EN EL VIERNES DE DOLORES.

[Casa de las Cárdenas, Abril 2 de 1852]

I.

Es noche de ver altares,
 Doquier la música suena,
 De aroma el aire se llena,
 Brillan luces á millares.

Sin velo de nube alguna
 En el magnífico espacio
 Luce orlada de topacio
 La melancólica luna.

Como es viérnes de Dolores,
 En la plaza de Venegas
 De las huertas y las vegas
 Se vendieron muchas flores.

Noche es de regalo y gloria,
 De veladas y alegría;
 Es que á la Virgen María
 Consagran santa memoria.

De ventanas y balcones
 Sale un resplandor inmenso,
 Nubes con olor de incienso,
 Y armónicos, blandos sonos.

Los cohetes centellean
 En la atmósfera azulada,
 Corre la gente apiñada,
 Todos alegres vocean.

Con garrideza cumplida
Cruzan donosas parejas,
Y páranse ante las rejas,
Que de esto nadie se cuida.

Por dar álas á un deseo
De estudiante enamorado,
Esta tarde me he escapado
Del vespertino paseo.

Y en el corredor sombrío
De su casita preciosa,
Tarde por demas hermosa
Pasé con el ángel mio.

"Aquel músico bizarro"
Diestro en mover corazones,
Cantó amorosas canciones
Sin altivez ni desgarro.

Mas juré por mis pesares
Que en está noche tan bella
Vería altares con ella,
Y tendré que ver altares.

Baña con su luz de plata
La luna el pátio florido,
Y se oye en coro sentido
Romántica serenata.

Despues voz como ninguna,
De un timbre azas lastimero,
Alza en canto plañidero
Una cancion á la luna.

[Casa del Doctor Orozco, Abril 3 de 1852.]

II.

Anoche altares muy bellos
Vimos en union dichosa.
¡Ay! ninguna mas hermosa
Virgen que tú miré en ellos.

En mi brazo te apoyabas
Con amante languidez,
Y al inclinar tu cabeza
Como un ángel me mirabas.

Al pasar frente á *San Diego*
Me dijiste entristecida:
"Allí he de acabar mi vida"—
Y te oí suspirar luego.

La multitud se agolpaba
Viendo un altar—¡qué fortuna!
Pues *las flores de la luna*
La música ejecutaba.

Cual plegaria de tristeza
El sacro bronce tañía,
Ora allá en Jesus María,
Ora acá en Santa Tereza.

De incendio en incendio fuimos
En plática enamorada,
Y á la casa de mi amada
Por ver el altar volvimos.

Daban su incienso las flores
Abriendo sus frescas urnas,
Mientras las brisas nocturnas
Suspiraban sus amores.

La luz de luna argentada
Entre el ramage placía,
Y aquel corredor teñía
Con su lumbre plateada.

¡Cuánta perfumada rosa
Regando el altar bendito!
¡Ay, y el dolor infinito
En la Santa Dolorosa!

Alma mia, ví tu lloro
Cuando ante el altar dijiste
Trémula, enlutada y triste
Y en voz baja. "¡Yo te adoro!"

¡Qué de promesas divinas!
Recuerdo de amor te hablaba;
La santa esquila sonaba
De las monjas capuchinas.

Fué entónces que al repetirte
Lo que sentía al amarte,
Te veía, sin mirarte,
Te escuchaba, sin oírte.

Despues con crecido anhelo
Me diste una flor—¡qué palma!
¡Era el poema del alma
Escrito en lengua del cielo!

VIII.

EN LA SEMANA MAYOR.

[Casa del Doctor Orozco, Abril 7 de 1852.]

I.

Sobre los bellos portales
De San Juan de Dios, bizarros,
Vive hoy el Doctor Orozco,
El orador mas gallardo.
De una apostura elegante,
Corazon de soberano,
Frente que debió ceñirse
Verdes y gloriosos lauros;
De una erudicion notoria
Del saber en vários ramos,
Reune á gentiles maneras
Un aspecto aristocrático.
Cual de un excelente hablista
Es su language galano,
Lleno de imágenes bellas,
Fértil, florido, simpático.
Muy docto en sagradas letras
Y en sus deberes exácto,
Es en sociedad cumplido,
En su casa noble y franco.
Cual lumbrera de la Iglesia
Mejicana, lo han juzgado,
Por sus dotes oratórias
Y sus escritos preclaros.
Con él me liga afectuoso
De amistad estrecho lazo,
Mucho le debo, que admira
Su buen gusto literario.

El me estimuló prudente,
 El me dió consejos sábios,
 Dióme libros y lecciones,
 Me indicó modelos clásicos.
 Por solicitud tan noble.
 Por tal cariño obligado,
 Lo quiero como si fuera
 Mi padre, ¿por qué negarlo?
 Por eso vine á su seno
 Amparo y hogar buscando,
 Y el me recibió benigno,
 Liberal, afable, humano.
 Es su casa muy alegre,
 ¡Todo está tan aseado!
 ¡Hay tanta luz y gorgean
 A todas horas los pájaros!
 En su biblioteca encuentro
 Recreacion, placer, encanto,
 Que tiene selectos libros,
 Grandes poetas profanos.
 La decoran cien pinturas
 Que son de valor no escaso,
 Y de muchos hombres célebres
 Bustos en yeso vaciados.
 ¡Cuál ameniza la mesa
 El con su donoso trato!
 En su decir elocuente
 Aprendo y estudio algo.
 Sale un raudal de elocuencia
 De sus inspirados lábios;
 Es tierno como el Petrarca,
 Es sublime en su entusiasmo.
 En el púlpito conmueve
 Hasta la espresion del llanto;
 Como Fenelon describe,
 Como Bossuet lanza rayos.

Cuando enseñó en el Colegio,
 A tan digno Catedrático
 Como al mentor mas querido
 Sus discípulos lo amaron.
 El comprende lo que sufro,
 Muchas veces ha llorado
 Al contarle los pesares
 Que á mi alma desgarraron.
 Mis heridas de amor cura
 Con refrigerante bálsamo,
 Distrae mi ánimo triste,
 Me habla de futuros lauros,
 Y me guía cual si fuera
 Dócil niño, niño incauto.
 Lo respeto y lo bendigo,
 El me salvó del naufragio
 De las hirvientes pasiones
 De un corazon sin descanso.
 El como un padre amoroso
 En su hogar me presta amparo;
 Tal cual árbol del desierto
 Al viagero solitario.

II.

Sonaban las nueve y media
 De la noche; dulces rayos
 Vertía la mansa luna
 Con tibio fulgor brillando.
 E iluminaba las ondas
 Del rio, el puente y los arcos
 Del portal, la antigua Iglesia
 De San Juan de Dios, llegando
 Esos toques misteriosos
 De los conventos lejanos,

Hasta el balcon desde donde
 Contemplo el cerúleo espacio,
 El firmamento que cruzan
 Mil resplandecientes astros,
 Números de luz que forman
 El sistema planetario,
 Pórtico que Dios ha puesto
 Cual entrada á su palacio.—
 Absorto mi pensamiento
 Iba en los cielos volando,
 Me agobiaba en su grandeza
 Lo infinito y sus arcanos.
 Y pensaba en los destinos
 Futuros del alma, cuando
 Al pié del balcon de pronto
 Paróse grupo enlutado.
 Lo bañó entónces la luna
 Con sus temblorosos rayos,
 Y se presentó á mis ojos
 El serafín á quien amo.
 Me acarició amorosísima
 Y con virginal desmayo,
 Su mirada que revela
 Los pensamientos mas castos.
 Vi brillar una sonrisa
 Entre sus púdicos lábios,
 ?O era tal vez de la luna
 Sutil destello argentado?
 Diadema de luz orlaba
 Aquellos rizos castaños,
 ¿Era un cuadro de Ary Scheffer,
 De Varotari el Paduano?
 ¿Eran hadas, ó eran ángeles
 De la noche, que pasando
 Sus álas allí en silencio
 Por un instante plegaron?

Poco á poco el bello grupo
 Se fué en la sombra alejando,
 Como esas vagas visiones
 De aleman cuento fantástico.
 Aspiré de estrañas flores
 El olor mas vivo y blando,
 Y ¡cuán sentido era entónces
 Del zenzontli el dulce canto!
 ¿Era verdad ó era sueño?
 El rio seguia sonando,
 La luna resplandeciendo
 Entre el silencio mas grato.

III.

Como me encuentro hace dias
 Prófugo del Seminario,
 Con miles de precauciones
 Vuelo á su precioso lado.
 ¡Con qué anhelo la visito
 Y en tratarla me complazco,
 Que entre olorosas virtudes
 Descubro nuevos encantos!
 ¡Vida de amor, vida única!
 ¿Quién viviera siempre amando?
 ¿Quién viviera suspendido
 De unos amorosos lábios?
 ¡Amor! ¡dulcísima muerte
 Ocasiona con sus dardos,
 Y es su agonía divina
 El éxtasis de los Santos!
 ¡Quién amara hasta el sepulcro,
 Delirando, delirando,
 Con los ojos en el cielo
 Y de un ángel en los brazos!

EL JUEVES SANTO.

[Casa del Doctor Orozco, Abril 8 de 1852.]

II.

¡Qué silencio y qué grandeza!
¡Qué de símbolos sagrados!
¡Cuánto rito misterioso!
¡Es porque hoy es Juéves Santo!
La aristocracia y el pueblo
Rinden su culto cristiano,
A ese Dios que en los altares
Se oculta Sacramentado.
¡Oh institucion admirable,
Arrobo de hombres y Santos!
¡Pan de amor del Universo,
Y de los ángeles pasmo!
¡Eucarístico misterio,
Luz para el género humano
Que lo conduce á los cielos
Iluminando el espacio!
La Iglesia hoy dia celebra
Beneficio tan preclaro,
Testimonio el mas sublime
Que del hombre Dios tengamos.
Patentizacion divina
De aquel que murió enclavado
En la cruz por redimirnos
Y en la hóstia lo adoramos.
¡Arquitecto de los mundos,
Geómetra de los espacios,
Que en la cavidad del pecho
Con éxtasis hospedamos!

143.

Bellos son los monumentos
Tan ricamente alhajados,
Con lindos tiestos de flores,
Con aromosos naranjos.
Doquier la escamada cera,
Doquier los bíblicos cuadros,
Cortinas de flecos de oro,
Pabellones recamados.
Jarras de plata y candiles
De cristal de un gusto raro,
Y en cornizas y en molduras
Floreros y candelabros.
Alfombras muelles y ricas,
Perfumes, macetas, pájaros,
Mil esquisitos adornos,
Música de acordes blandos.
Colgantes luces que forman
Cuasi caprichos fantásticos,
Resplandeciendo en la noche
Como innumerables astros.
Nubes de místico aroma
Por todo el sacro santuario;
En los conventos de monjas
El gusto es mas delicado;
Parecen sus ricos templos
Primorosos relicarios.
¡Qué solemnidad excelsa!
¡Qué pompa en el Juéves Santo!
Las familias principales,
Los jóvenes mas bizarros
Las piadosas estaciones
Ván por las calles rezando;
De uno en otro monumento
Y con el pueblo mezclados,
Los misterios mas sublimes
Con fé y amor celebrando.

VIERNES SANTO.

[Casa paterna, Abril 9 de 1852.]

III.

Ya la procesion termina
Que llaman del Viérnes Santo.
En ándas que siempre adornan
De negro crespon bordado,
Llevan ángeles que visten
Negros y flotantes paños,
Con lágrimas en los ojos
Y que ostentan en las manos
Ya la Corona de espinas,
Ya el Santo Rostro y los Clavos.
Alumbran con grandes cirios
Los piadosos artesanos,
Y frente del Santo Entierro
Vá un sacerdote rezando
Con negra capa y bonete,
Un libro tal vez de salmos.
Siguen enlutadas hembras
Junto á la Vírgen llorando,
Y San Juan, la Magdalena
Cierran aquel triste cuadro.
Con sus moradas estolas
Y sobrepellices blancos,
Traen la Sábana Santa
Entre dos humildes diáconos.
Tras los clérigos que rezan
Siguen despues paso á paso
Los maceros y el Ilustre
Ayuntamiento, llevando

145.

La bandera de la Seña
El presidente ó decano.
Y vienen en dos hileras
Los devotos convidados,
Oficiales de uniforme,
Los mas altos funcionarios.
El Gobernador ciñendo
Banda blanca, vela en mano.
La tropa que á la sordina
Viene en silencio marchando,
Los desalmados sayones
Y el centurion á caballo.
Con casco de negras plumas
Y su trage de romano,
Con caparazones ricos
El alazan piafando.
La muchedumbre del pueblo
En desórden tumultuario,
Vendedores de aguas frescas
Y cuadrillas de muchachos.
Todo en movible oleage,
Como férvido oceano
Que sordo ruge y anuncia
Se aproxima algun chubasco.
La gente ocupa las plazas
Y portales, inundando
Calles, templos, azoteas,
Puertas, balcones, estrados.
Habrá música en la plaza
Esta noche, ¡triste encanto!
Que hará oír sentidas piezas,
Mas del género sagrado.
¡Qué procesion del encuentro!
¡Qué tres horas! ¡Viérnes Santo!
¡Qué pésames de esa noche!
¡Qué silencio inusitado!

EN SU CUMPLEAÑOS.

[Casa paterna, Abril 9 de 1852.]

IV.

Contra esquina exactamente
Del antiguo Consulado,
Están mis habitaciones
Que son dos piezas en altos.
Humildosa estancia mía,
Nido silvestre de un pájaro,
Parece limpia y alegre
La celda de un solitario.
Se ven sobre mi escritorio
Papeles, libros y un ramo
Que en limpia argentada copa
Impregna el aire balsámico.
Lo renové con las flores
Que ella dióme de regalo,
Flores de ilusion benditas
Pues que vienen de sus manos.
¡Cómo me engríe en las noches
Recogido en aquel cuarto,
Ser dueño del Universo,
De la muger á quien amo!
Pensar en ella, la gloria,
Solo por ella anhelando,
Queriendo hacer grandes cosas
Para elevarme muy alto.
No encuentro empresa difícil,
Todo cede á mi entusiasmo,
El cielo de lo imposible
Con mi voluntad lo escalo.

147.

Tras esa ilusion divina
De mis sueños, me avalanzo,
Y ante futuras edades
Me immortalizo, me agrando.
No me arredran contratiempos,
Ni me hieren desengaños,
Ni me acobarda la muerte;
Me siento inmortal amando.
Regenera aquel aliento,
Purifica aquel contacto,
Enamora aquella risa,
Enagena aquel encanto.
Aquel suspirar seduce.
Turba aquel aire simpático,
Y mueve, porque es divino
Aquel inefable llanto.
Dios desde el cielo una noche
Tal vez nos ha desposado.
"Seré tuya ó del sepulcro,"
Fué su juramento santo.
Poder, tesoros, grandeza,
Favor, distinciones, lauros,
¿Qué valen junto á la risa
De sus seductores lábios?
Goce el mundo á su manera,
Siga entre dolos y engaños;
¿Qué me importa el mundo impío
Siendo, como soy, amado?
A Dios no pedí otra cosa
Que una vírgen; el retrato
De un ángel; Dios que es tan bueno
Contigo lo ha realizado.
Complemento de mi alma,
Ser de mi ser, ¿hasta cuándo
Formarán dos almas una,
De la dicha en el regazo?

Si tuviera una arpa de oro
 La pulsara entusiasmado,
 Y en las alas de la noche
 Te enviaría dulces cantos.
 Si pudiera, mensajero
 De mi amor, el aire manso
 Te llevaría el perfume
 De las rosas de mi pátio.
 Y si en mi arbitrio estuviera,
 Te haría llegar los lánguidos
 Suspiros de los zenzontlis,
 De la luna enamorados.
 Si lograra trasportarme
 Por un momento á tu lado,
 Yo mi laúd pulsaría
 Tus mil hechizos cantando.
 Soñaría con los ángeles
 En jardines encantados,
 Con las estrellas del cielo
 Castillos de luz formando.
 Pidiendo á la hermosa noche
 Y en tus haldas reclinado,
 Guirnaldas para tus sienes,
 Ambares para tus lábios.
 Alzando á Dios juntamente
 Y enlazadas nuestras manos,
 Para que Dios bendijera
 Nuestro castísimo lazo.
 Mas si es inútil mi anhelo
 En tu divo cumpleaños
 Mi alma en las alas de un ángel
 Y henchida de amor te mando.—
 Tañe triste la campana
 De la media noche, en tanto
 Canta un zenzontli y la luna
 Vierte sus destellos mágicos.

EL BARRIO DE LA PARROQUIA.

[Casa paterna, Mayo 21 de 1852.]

I.

El barrio de la Parroquia
 Goza de una fama inmensa,
 Que son sus pátios jardines,
 Su agua es potable y muy buena.
 En él moran las mas lindas
 Muchachas, las mas apuestas;
 Madrugan como las aves
 Y cantan dulces como ellas.
 Perfumadas, rozagantes,
 Cual las blancas azucenas,
 Con el pudor en el alma,
 Como los niños traviesas.
 Son cual botones de rosa
 Por su cándida belleza,
 Luce el amor en sus ojos
 Y en sus lábios la inocencia.
 Son hermanas de los ángeles,
 ¡Tanto así algunas son bellas!
 Hacendosas en su casa,
 Y en el estrado discretas.
 Con los pobres humildosas,
 Con los ricos altaneras,
 Son tesoro de virtudes.
 De esas virtudes domésticas.
 Las mas de ellas pertenecen
 A la santa clase media,
 Con su destino avenidas,
 Viven dichosas, contentas.